

ROGER-POL DROIT

LA FILOSOFÍA  
EXPLICADA  
A MI HIJA



«Filosofía» es un término que suele asustar. Nos imaginamos cuestiones muy complicadas, un vocabulario enigmático, libros de los que ni siquiera entendemos su título. Un universo aparte reservado a algunos especialistas: ¿tal vez gente de otro planeta? En definitiva, se trataría de una actividad que no podría desarrollar cualquiera. Y nos equivocamos al creer esto.

Pues todos —en particular los niños y los adolescentes— nos preguntamos sobre el sentido de la vida y sobre la muerte, sobre la justicia, la libertad y otras cuestiones esenciales. Por otra parte, todo el mundo es capaz de reflexionar, razonar y organizar sus ideas. Y esto es lo único que se requiere para comenzar a filosofar: preguntas y capacidad de reflexionar.

Pero si simplificamos demasiado nos arriesgamos a caer en otra trampa. La filosofía se vuelve tan sencilla, tan al alcance de todos y tan banal que pierde su interés. Todos podríamos practicar el ejercicio filosófico, del mismo modo que respiramos, de la mañana a la noche, sin darnos cuenta. Nos equivocáramos de nuevo si creyéramos esto.

La filosofía no es un rompecabezas ni una actividad natural y espontánea. Se puede practicar a distintos grados, como sucede con la música, el deporte o las matemáticas, en calidad de principiante o de figura reconocida, como aficionado o profesional.

Lo esencial es empezar bien, lejos de las ilusiones, los prejuicios o los puntos de vista imprecisos. Éste es el objetivo del presente libro: procurar a los debutantes más jóvenes una idea accesible y lo más exacta posible de aquello que se denomina «filosofía», de su unidad y su diversidad.

Espero que este pequeño volumen resulte útil para las chicas y los chicos que desean comenzar a saber en qué consiste esta actividad del espíritu, una actividad que constituye una fuente inagotable de alegría, asombro y libertad.

Quisiera insistir en este punto, antes de dar paso al diálogo que mantuve con mi hija Marie cuando contaba 16 años, pero que podrán seguir

lectores aún más jóvenes. Toda la vida he leído a filósofos, los he estudiado y comentado, y he tratado a muchos que todavía viven. Incluso he escrito algunos libros para añadir a los ya existentes en este campo.

A pesar de ello, siguen sorprendiéndome la diversidad de las filosofías y las ideas curiosas, increíbles e inesperadas que se forman en los cerebros humanos. Me admiran la inteligencia y la sutileza de los distintos análisis, y la extraordinaria libertad que se desprende de un universo mental en el que no se prohíbe discutir ni censurar alternativas ni descartar críticas.

Esta apertura de espíritu constituye la fuerza inagotable de la **filosofía**. La amplitud de miras me parece indispensable, porque estoy convencido de que se vive como se piensa. Se vive estrechamente si se piensa con estrechez, y de manera libre si se piensa libremente. El pensamiento siempre tiene consecuencias sobre nuestra existencia, tanto personal como colectiva.

## Buscar las ideas verdaderas

— *Entonces, ¿qué es la filosofía?*

— Vamos a buscar. Y confío en encontrar, pero no esperes una respuesta inmediata, ya que no es posible explicarlo en una frase.

— *¡Pruébalo!*

— No, esto no arreglaría nada. Un diccionario te dirá, por ejemplo, que, en griego antiguo, la palabra «*filosofía*» significa «amor a la sabiduría», y pensarás probablemente que se trata de algo muy aburrido. Porque «*sabiduría*» recuerda una recomendación\* que los niños no soportan oír. No habrás avanzado mucho, porque tendrás que preguntarte en qué consiste eso que se llama «*sabiduría*». Habrás aprendido lo que significa el término «*filosofía*», pero no sabrás qué es realmente la *filosofía*.

— *Si tengo el sentido de la palabra, ¡por fuerza sé lo que es!*

— En absoluto. Aprender que la palabra «*Japón*» es el nombre de un país de Asia no supone conocer *Japón*. O bien, imagínate a un niño que no sabe qué significa el término «*matemáticas*», y tú le das la siguiente definición: «Una ciencia de los números y las figuras». Ahora el niño conoce el sentido de la palabra e incluso puede emplearla. ¿Dirás entonces que sabe qué son las *matemáticas*?

— *No, desde luego.*

— Ves..., ¡la palabra no basta! Conocer algo no es sólo saber un término, sino también, imprescindiblemente, vivirlo. Sabemos lo que se denomina «*matemáticas*» cuando comenzamos a hacer cálculos y demostraciones de aritmética, álgebra o geometría. Y conoceremos *Japón* le-

\* En el original la recomendación es: *Sois sage!* («¡Pórtate bien!», «¡Sé bueno!»). Hay que recordar que, en francés, «*sabiduría*» es *sagesse*. (N. de la t.)

yendo libros, viendo exposiciones y películas y, naturalmente, yendo.

— *Entonces, ¿se puede decir que para saber filosofía es preciso «ir a la filosofía»?*

— ¡Por supuesto!, lo has entendido muy bien: se tiene que ir a la filosofía. Sin embargo, no se trata de un país o de un lugar al que podamos trasladarnos, sino más bien, como las matemáticas, de una actividad.

— *De acuerdo, pero entonces, ¿qué hacemos cuando se «hace filosofía»?*

— Se busca la *verdad*. He aquí un buen punto de partida: la filosofía es una actividad que busca la verdad. Pero esto no es suficiente. También la busca un inspector de policía. Cuando lleva a cabo una investigación, si se trata de un homicidio, quiere saber quién es el asesino, y para ello examinará los horarios y movimientos de cada sospechoso, comparará las versiones, confrontará a los testigos..., ¡y reflexionará sobre ello! No le bastará con su palabra y pondrá sistemáticamente en duda todo lo que cuentan.

Los filósofos proceden igual. Para buscar la verdad no vacilan en examinar sus convicciones y sus creencias. Incluso pueden considerar sospechosas sus propias ideas, ¡pero no son inspectores de policía! Hay distintos tipos de personas que se dedican a buscar algo verdadero. Aparte de los investigadores, ¿a quién incluirías en la categoría de los buscadores de la verdad?

— *No lo sé... ¿Quizás a los historiadores? Ellos quieren encontrar la verdad de los acontecimientos del pasado.*

— Sí, si te parece, es una posibilidad. ¿Y los científicos? ¿Crees que deberíamos colocarlos entre los buscadores de la verdad?

— *Sí, por supuesto. ¡Pero ellos buscan la verdad en problemas de química, física o biología!*

— ¡Exacto! Captas fácilmente lo que hay que concluir de nuestros ejemplos: los inspectores de policía, los historiadores y los científicos (y todavía muchos otros) tienen en común la búsqueda de la verdad, si bien en campos muy diversos. Me parece que para avanzar en nuestra indagación sobre lo que hacen los filósofos debemos resolver antes un problema. ¿Intuyes cuál?

— *Creo que deberíamos encontrar en qué campo buscan la verdad los filósofos.*

— ¡Perfecto! Y en tu opinión, ¿en qué territorio buscan la verdad los filósofos? ¿Se ocupan de los criminales, como los policías?, ¿o de las realidades de la física o la química, como los científicos?

— *¡No! Creo que deben ocuparse de la justicia, la libertad, cosas de este tipo...*

— Tienes razón, pero conviene precisar. Es cierto que los filósofos han buscado la verdad en el campo de la *moral* (saber lo que está bien y lo que está mal, definir lo justo y lo que no lo es) o de la *política* (los ciudadanos y el poder, la organización de las decisiones). Pero éstos no son sus únicos terrenos. Cuando se comienza a descubrir la **filosofía** nos quedamos impresionados por la cantidad y la diversidad de los temas de que trata. Los filósofos se interesan por las ciencias, el arte, la lógica, la psicología, la política, la historia... Y, sin embargo, no son científicos ni artistas, ni lógicos, ni psicólogos, ni políticos ni historiadores...

— *No lo entiendo. ¿Se interesan por todo y no son especialistas en nada?*

— Espera un momento, creo que puede resultar mucho más fácil de comprender. Retomemos los elementos y recurramos al juego de una adivinanza: ¿qué pueden hacer las personas que buscan la verdad en un campo (las matemáticas,

la moral o el arte) sin ser los expertos que trabajan en ese territorio?

— *El misterio sigue... Es muy extraño.*

— Normalmente, quienes buscan la verdad en matemáticas son los matemáticos, y en historia, los historiadores. Y así sucesivamente. Si también los filósofos buscan la verdad en todos esos ámbitos, deben hacerlo de un modo especial, como si trabajaran en un campo que atraviesa todos los demás. La solución no está lejos: los filósofos buscan la verdad en el terreno de las *ideas*. Así, cada vez que quieras comprender cómo se sitúa un filósofo en un ámbito determinado, puedes comenzar añadiendo «idea de»... El filósofo no trata de la justicia como lo hace un abogado o un juez, sino que se ocupa de «la idea» de justicia. No se interesa por el poder de la misma manera que el político: lo que busca es ahondar en «la idea» de poder.

Y así procede en todos los dominios. En matemáticas prestará atención a las ideas de prueba, de demostración o de número. En historia se interesará por la idea de acontecimiento o de revolución, de violencia o de paz. En moral, por la de bien y la de mal. O por las nociones de culpa, responsabilidad, norma...

¿Entiendes ahora cómo, trabajando en el campo de las ideas, que atraviesa todos los demás campos, los filósofos pueden abordar numerosas especialidades sin ser especialistas?

— *De hecho, ¡son especialistas de las ideas!*

— Exacto. Hay que añadir que esta búsqueda de la verdad en el ámbito de las ideas puede tomar casi siempre la forma de una pregunta: «¿Cuál es verdaderamente la idea de...?». En el lugar de los puntos suspensivos puedes poner «libertad», «obra de arte», «poder», «justicia», «individuo», «alma», «hombre», «dignidad»..., y muchísimas otras. En definitiva, lo que buscan los filósofos es

la mejor definición posible de cada idea. Y, entre tales definiciones, buscan la verdadera.

— *Entonces, ¿para qué sirven sus búsquedas en concreto?*

— Para vivir, simplemente para vivir. Las ideas no son un sector aparte, un jardín situado al lado de la existencia. ¡De ningún modo! En realidad, las ideas gobiernan las acciones, las formas de vida y los comportamientos.

— *¡No me harás creer que los seres humanos necesitan de la filosofía para vivir! Hay multitud de personas que no tienen la menor idea de lo que piensan los filósofos, y ello no les impide vivir.*

— ¡Un momento!... Si te refieres a que se puede comer, dormir y crecer sin buscar la verdad en las ideas, evidentemente tienes razón. No se puede vivir sin beber, sin alimentarse o sin dormir y, en cambio, es posible mantener el organismo perfectamente vivo sin reflexionar, pero ésta no es la cuestión. De lo que se trata es de saber cómo vivir *mejor*, de manera más humana, más inteligente y más intensa. Y aquí no se puede eludir un trabajo sobre las ideas.

Digo un trabajo *sobre* las ideas, porque ideas tenemos siempre: están ahí, antes que la filosofía. No es la filosofía quien las crea, sino que su función es someterlas a prueba y examinarlas a fin de distinguir las verdaderas de las falsas.

— *¡No veo que esto sea indispensable para vivir!*

— Entonces, escucha una vieja historia que contaba hace muchísimos siglos un filósofo llamado Sócrates. Había unos niños que querían elegir qué iban a comer. Si acudían al pastelero o al confitero tendrían la idea de que lo bueno eran los pasteles y las golosinas. Sin embargo, los dulces podían estropearles los dientes y hacer que engordaran e incluso que se volvieran obesos. Podrían enfermar a causa de la falsa idea que se habían formado de lo «bueno», al confundir lo bueno para el gusto, es decir, lo agra-

dable a la hora de comer, con lo bueno para la salud.

Si, por el contrario, visitaban al médico, éste les diría la verdad: «Lo que es bueno para vosotros, para vuestra salud y vuestro equilibrio, es una alimentación variada, de leche, fruta, pescado, legumbres y... pocos dulces». ¿Qué pensarían aquellos niños del médico?

— *Creerían que se equivocaba y que sabían mejor que él lo que era bueno para ellos...*

— Sí, incluso podrían decir que aquel hombre era malo, que les deseaba el mal y quería impedirles ser felices. O que no entendía nada de lo que era bueno para ellos, o incluso que se equivocaba y no sabía nada acerca de la verdad.

Entonces, una de dos: o bien los niños seguían con la ilusión, evidentemente agradable, de que lo mejor para ellos era vivir a base de golosinas y pasteles, y esta idea podía provocarles una indigestión, o descubrían que el médico decía la verdad, aunque esta verdad les disgustase y el cambio de idea les ayudara a gozar de buena salud.

¡Las ideas pueden provocar la enfermedad o procurar salud! ¿Comprendes ahora que esto es importante para vivir?

— *Estoy segura de que te has inventado un relato a medida... para que encaje con tu argumento.*

— No me he inventado nada. La historia de los niños que preferían el pastelero al médico, repito, se debe a Sócrates, uno de los primeros filósofos, que la contaba en Atenas, hace... ¡dos mil quinientos años! Crees que este ejemplo sólo es un caso particular y no estás convencida de que las ideas son siempre importantes para vivir. Veámoslo, pues, desde otro ángulo. ¿Pienzas que la idea que nos hacemos de la justicia

tiene importancia para nuestra forma de vivir?

— *Sí, ¡desde luego!*

— Y las ideas que nos formamos de la libertad o de la muerte, de la igualdad o la felicidad, por ejemplo, ¿desempeñan algún papel en la existencia?

— *Bien, de acuerdo, entiendo. Hay ideas que gobiernan nuestra existencia...*

— Entonces, te das cuenta de lo importante que es para nuestra vida saber cuáles son las ideas verdaderas y cuáles las falsas. Imagina a alguien que tenga una idea falsa de la felicidad o la libertad. Quiere ser feliz y libre pero errará el ● ● ●